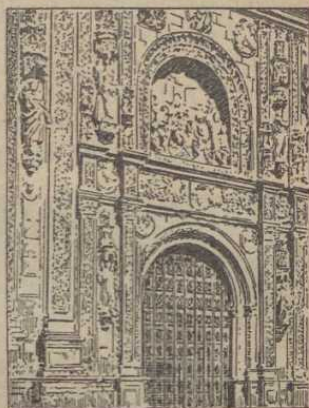


del Duero, que compiten con los de Oporto; los tintos de Cepeda y Miranda y los blancos de Salamanca; los aceites, los quesos, la preparación del lino y los lavados de lanas; tantos elementos de riqueza, en fin, que ahora casi sin ningún esfuerzo se manifiestan con no exigua prosperidad, auguran una época de general bienestar, para cuando los salmantinos dirijan su mirada al ideal que ha trocado en pueblos florecientes, no pocos de la Península que también un día vivieron apegados a añejas y enervantes tradiciones.

Los salmantinos se distinguen por su honradez, sobriedad y circunspección; por su hospitalidad y cortesía; por su sencillez; por la originalidad de su indumentaria y por sus pintorescas fiestas populares, que tienen todo el sabor de aquellas gentílicas ceremonias con que antiguos pueblos rendían culto a alguno de sus dioses tutelares: la siega, la vendimia, la recolección de la aceituna y de la almendra, el esquila y otras tareas agrícolas, las solemnizan con danzas, músicas y convites rebosantes de humor y poesía, que evocan soñados idilios de la Arcadia.



Portada del convento de Santo Domingo, de Salamanca.

* * *

En la orilla derecha del Tormes y rodeada de pintorescas cercanías, hallarás, oh, viajero, la antigua *Elmántica*, la *Salamanca* de nuestros días, ciudad de unos 46,800 habitantes, sede episcopal desde el año 589 y capitalidad de la provincia de su nombre. Fué tomada por Muza en 712; Alfonso, *el Católico*, se apoderó de ella y la destruyó, en la imposibilidad de conservarla; Ordoño I la hizo suya en 866; la tomó Almanzor en 981; reinando Alfonso VI quedó definitivamente agregada a Castilla, y en 1200, durante el reinado de Alfonso IX, tuvo lugar el acontecimiento que debía inmortalizar el nombre de la ínclita ciudad en la historia de la civilización del mundo: la fundación de la celeberrima Universidad, que, poco tiempo después de aquella fecha venturosa, ya alcanzaba el renombre que había de ser imperecedero. Prote-